
EDITORIAL

Los crecimientos más altos que se han dado en la historia demográfica en México tuvieron lugar en la década de 1960 a 1970, cuando se llegó a un promedio de crecimiento de la población de 3.4% al año. Este fue el resultado del acelerado descenso de la mortalidad de 1940 a 1970 y el mantenimiento de la fecundidad en niveles elevados. Lo más probable es que tal crecimiento no volverá a repetirse, entre otros factores porque se creó una nueva política y la población es cada vez más consciente de las ventajas de tener menos hijos, así como de la importancia de crecimientos demográficos más lentos.

Durante siglos y en la mayoría de los países se consideró necesaria una población en aumento. De 1960 y hasta 1974 en que se instaura el Plan de Acción Mundial sobre Población aprobado en Bucarest, se confrontaron dos posiciones: una que sostenía que ritmos de crecimiento demográfico menores harían posible aumentar el bienestar de las poblaciones, principalmente de los países pobres; otra, que afirmaba que el descenso del crecimiento demográfico sería posible como consecuencia de desarrollos económicos y sociales que eliminaran la pobreza y la desigualdad.

En la actualidad, y después de casi veinte años de descenso de la fecundidad en todo el mundo, en buena medida por la extensión del uso de los métodos anticonceptivos, las posiciones han variado y las políticas de población empiezan a considerar consecuencias no previstas, tanto de las experiencias propias como de las observadas en otros países.

Una primera comprobación es la inexistencia de una relación significativa entre crecimiento demográfico y crecimiento económico en los países pobres. A la vez, se han dado avances considerables en el ejercicio del derecho a la determinación del número de hijos deseados. Por otra parte, frente a la crisis y reestructuración



de la economía mundial se evidencia que las posibilidades de mayor bienestar de los que menos tienen están más relacionadas con las decisiones políticas y económicas, incluida la vida democrática, que con un ritmo lento de crecimiento demográfico.

Y es que algo cambió radicalmente: hoy día sólo proporciones reducidas de la población aceptan un número indeterminado de hijos. Ha perdido sentido el fatalismo "del número de hijos que vendrán", en la búsqueda, aun en la pobreza, de mayores posibilidades individuales. Y

es aquí en donde se confrontan las pautas tradicionales y las nuevas, que no logran definirse con claridad precisamente porque nos encontramos en medio de una gran transición, tanto demográfica como social, política y cultural. En la persecución de un nuevo e incierto proceso de modernización, se reestructura la sociedad en su conjunto.

La transición demográfica consiste en el paso de altas a bajas tasas de fecundidad y de mortalidad, orientadas hacia un crecimiento demográfico más bajo. Los cam-

bios sociales y culturales asociados a los cambios demográficos, sobre todo la disminución de la fecundidad, implican transformaciones en la formación de los hogares, las funciones de las parejas, los derechos y formas de participación en la vida cotidiana de las mujeres y los hombres, los beneficios que se desean para los hijos, así como la manera en que se concibe la participación de los niños, los jóvenes y los viejos en la toma de decisiones familiares.

En la actual situación mexicana, y no obstante la rápida disminución de la fecundidad, los cambios en los aspectos señalados se dan de manera poco definida, y en ocasiones contradictoria. Por ejemplo, la edad al momento de formar una nueva pareja ha variado poco, tanto por la vía del matrimonio, como por la de la unión libre; los hogares, como resultado de la crisis, aumentan la proporción de miembros parientes y no parientes y disminuye poco el número total de habitantes en la vivienda; los padres ancianos y sin ingresos y los adultos desocupados ven mermada su autoridad frente a los hijos; en la población de bajos ingresos, característicamente en las ciudades mayores e intermedias, ante las carencias del hogar y el muy reducido espacio de la vivienda, los hijos viven más en la calle que en la casa, identificándose más con grupos de muy distinta naturaleza, que con su familia e inmersos en situaciones de violencia; los reducidos ingresos obligan al trabajo de mayor número de miembros de la familia, de manera que los hijos pierden la oportunidad de lograr mayor educación. Aun cuando se logre mayor educación, las posibilidades de ocupación por sueldo fijo o salario se reducen, puesto que el proceso de modernización del aparato productivo y los salarios controlados, obligan a incorporarse al mercado de trabajo informal —que ocupa ya una proporción sustantiva de la fuerza de trabajo—, o simplemente a no trabajar y obtener recursos por medios ilegítimos e ilegales. El panorama no es mejor en el campo, lo que mantiene la migración a las ciudades, ya que de cualquier manera éstas ofrecen más posibilidades.

Por su parte, la mortalidad reduce su ritmo de descenso por la insuficiente ampliación de los sistemas de salud y seguridad social y el deterioro de los servicios médicos, tanto respecto a la curación como a la prevención de enfermedades. La consulta médica privada aumenta, disminuyendo los ya insuficientes ingresos de las familias.

La crisis ha implicado estancamiento en las condiciones de vida de la población y pérdida de avances sociales en los sectores

medios y bajos. Incluso en educación, factor determinante de buena parte de la movilidad social hasta mediados de los años setentas, se percibe la disminución de la calidad de la enseñanza, debido al deterioro salarial de docentes, la presencia de sistemas corporativos corruptos y la pérdida del sentido profesional de los maestros.

Asimismo, no se ha dado atención al desarrollo científico y tecnológico ampliando la relación de dependencia con el exterior y mermando las posibilidades institucionales de las universidades. No hay apoyos claros y sostenidos a las tareas de investigación y formación de recursos humanos de elevado nivel.

De ahí que las políticas de población se vean contrariadas al posponerse indefinidamente la reducción de la gran desigualdad social y económica, y no tengan efecto los esfuerzos por desconcentrar el aparato productivo y la población. México ha logrado el dudoso honor de contar con la ciudad más grande y contaminada del mundo.

Por otra parte, tampoco se ha logrado la evaluación de las acciones orientadas a modificar las tendencias demográficas y sus resultados. Las metas establecidas no pudieron cumplirse, en parte por la considerable reducción del gasto público en los aspectos sociales del desarrollo; pero también por la insuficiencia de políticas que han privilegiado la reducción del ritmo de crecimiento demográfico y han desatendido los problemas de los sectores tradicionalmente segregados, como la población rural, la indígena y la marginal en las grandes ciudades.

No obstante, la existencia de una orientación cada vez más consciente de los problemas que se derivan de la dinámica, de la estructura y de la distribución de la población constituye un avance, que requiere de un tratamiento cada vez más complejo, en íntima relación con su propia naturaleza y carácter. Hacen falta decisiones políticas concretas que hagan posible la integración real de los aspectos demográficos en la planeación del desarrollo, aceptando los requerimientos de coordinación de las acciones de los diversos ámbitos del sector público, precisamente a partir de orientaciones políticas fundamentales.

No hay duda de que la acción pública debe orientarse a partir de los fundamentos éticos que están en la base del orden constitucional que nos rige y que privilegian el desarrollo individual y el familiar. Ha pasado mucho tiempo y aún no se hace realidad el proyecto social de la Constitución de 1917. DemoS

Las tres mayores ciudades del país, el Distrito Federal y su zona metropolitana. Guadalajara y Monterrey, han seguido manteniendo hasta hoy la tendencia a concentrar la mayor parte de la población urbana; sin embargo, en los últimos años se ha reafirmado la importancia de numerosas ciudades de diverso tamaño, que suman ahora setenta y cinco, cuya población es mayor a los 50 000 habitantes.

Para 1980, excepción hecha de las tres grandes metrópolis y de las tres ciudades mayores que les siguen (Puebla, León y Ciudad Juárez) el 45% de la población urbana del país se había concentrado en 69 de los centros urbanos que se consideran de tamaño mediano o pequeño y que se encuentran diseminados por todo el territorio nacional.¹ Esta creciente importancia de numerosas ciudades será, sin duda, muy funcional para la reorientación de los flujos de capital y de trabajo en las diferentes regiones, amén de que se han ido consolidando ya varios subsistemas urbanos en esas zonas.

Probablemente, Guadalajara y Monterrey tienen ahora una menor importancia relativa en sus grandes regiones de influencia en comparación con décadas anteriores. En el occidente, las ciudades de Aguascalientes, Zacatecas, León, Tepic, Zamora, Morelia, Celaya y Salamanca tuvieron un desarrollo demográfico muy importante durante la década pasada, situación que lleva a pensar que la posición de Guadalajara como ciudad de atracción de población es seguramente menor ahora que en otros tiempos. Por otra parte, los importantes incrementos demográficos de Saltillo, Piedras Negras, Ciudad Victoria y San Luis Potosí, sugieren que algo semejante ha sucedido en aquella región frente a la tradicional posición de La Sultana del Norte. El panorama es un poco distinto en la región central, pues todavía seguirá siendo difícil de opacar la hegemonía tan consolidada de la ciudad de México y su zona metropolitana; sin embargo, Puebla, Querétaro y Toluca en la parte media; Acapulco y Chilpancingo es uno de los extremos costeros y Jalapa, Tehuacán y Tuxpan en el otro, fueron focos importantes de atracción de población durante la década pasada.²

Junto al acelerado crecimiento demo-

¹ Presentamos aquí tres categorías de ciudades; grande sería aquella con más de 500 000 habitantes; mediana la que tiene entre 100 000 y 499 999 habitantes, y pequeña la que cuenta con más de 50 000 habitantes pero menos de 100 000.

² Las ciudades nombradas en el texto tuvieron un crecimiento demográfico superior al 4.0% anual durante la década de 1970-80.